

PIEDRA Y CIELO

Escribe: HELCIAS MARTAN GONGORA

Hacia el final de la cuarta década del siglo actual, aparece en Bogotá, bajo la dirección de Jorge Rojas, la primera edición de "Piedra y Cielo", publicación del grupo de poetas que acababa de constituir en la dilecta compañía de Eduardo Carranza y Carlos Martín, y al cual ingresarían después Tomás Vargas Osorio, Arturo Camacho Ramírez, Darío Samper, Aurelio Arturo y Gerardo Valencia. Como ya se ha divulgado insistentemente, la rúbrica de "Piedra y Cielo" fue tomada de Juan Ramón Jiménez y ella, por sí sola, equivale a una confesión anticipada de las predilecciones literarias de sus fundadores.

Además, Antonio Machado y D. Luis de Góngora, revaluado entonces, en la ocasión de su centenario, cerraban el triángulo de valores absolutos en los cuales se nutrieron, de modo principal, las inquietudes restauradoras del movimiento, en cuya estructuración tuvo señalada importancia la difundida antología de Gerardo Diego, que recogió en sus páginas los nombres de Cernuda, Altolaguirre, Lorca, Alonso y Salinas, entre otros de honda repercusión internacional: ya que el aire renovador encontró un eco simultáneo en varias capitales hispanoamericanas, especialmente en Caracas, al rededor de "Viernes", y, en Lima, bajo la egida de "Tres", igual que en México y en el Ecuador. Más, no por simple coincidencia cronológica sino por similares direcciones verbales, en las que se advierte una conciencia estética, orientada hacia destinos poéticos semejantes, cuyo común denominador sería el anhelo de liberación total, con prescindencia de las literaturas extra-continetales. Este enunciado debería traducirse como una invitación de regreso a la tierra, postulado de un programa que acaso no se cumplió en su integridad, pero que flotó como estandarte repetido en fraternales países americanos. La irrupción de "Piedra y Cielo" en la república letrada de entonces tuvo las mismas contingencias de un conato revolucionario. Sobre los cenáculos literarios santafereños pesaba todavía el influjo delicuescente de la "Gruta Simbólica", al igual que el prestigio magistral de Valencia y los ecos del modernismo universal.

Con el maestro de Popayán cruzó Eduardo Carranza su recién templado acero, en singular polémica. También sobre la insurgente capilla se desataron las críticas, nada menos, que de Juan Lozano y Lozano y Octavio Amórtegui. En unión de Emilia Pardo Umaña, la popular periodista bogotana, fueron los más caracterizados impugnadores de "Piedra y Cielo", cuya significación, como grupo literario, nadie osará desconocer, después de una perspectiva de varios lustros. Pero en 1939 era muy diferente, como

acontece casi siempre con todas las innovaciones del arte, acerca de las cuales se hace oportuno recordar la advertencia filosófica: "En efecto: imposible hallar objetos estéticos cuyo valor haya sido respetado por la controversia. Las cantatas de Bach y las Stanze de Rafael, las estatuas de Policleto y los dramas de Shakespeare, no hay obra maestra que no se haya visto rechazada por alguna época o por alguna escuela estética. Para todas las negaciones, es menester un conocimiento de la belleza que solo puede adquirirse mediante el contacto, precisamente, de esas obras".

A la defensa de "Piedra y Cielo", al lado de sus integrantes, acudieron Hernando Téllez, Roque Casas y Joaquín Piñeros Corpas, cuyos conceptos se publicaron en los periódicos de la época. Descontados los excesos verbales propios de una promoción que emergía del caos retórico circundante, a una distancia de muchos años, no es aventurado señalar la importancia capital de "Piedra y Cielo", no solo en el panorama culto latinoamericano, en cuyas letras fue acaso el grupo lírico mejor estructurado, sino desde luego, dentro de la poesía colombiana, tan urgida de actualizantes, que inyectaran sobre el cauce tradicional sus caudalosas ondas vitales. Así fue posible que nuestro fecundo acontecer poético saliera de una mortal quietud de estanque, lleno de peces repetidos en la ronda formal de sus escamas.

* * *

En la nómina de "Piedra y Cielo" ocupa un lugar preferente Eduardo Carranza, que trae de los Llanos de Azuay el fuego azul de los libertadores. Su verso está hecho para decirlo en voz alta, a galope sobre los caballos jubilosos, por todos los caminos de la patria, y también para sembrarlo al pie de las ventanas enamoradas, junto a la flor nocturna de la serenata.

La profunda gracia y la serena levedad que ya se insinuaba en Eduardo Castillo, tiene su culminación gozosa en Eduardo Carranza, el poeta de la perpetua primavera. Desde la publicación primigenia de "Canciones para iniciar una fiesta", Carranza es el poeta colombiano que más se asemeja a su poesía, modelada desde el principio, "en barro de ansiedad". En "Seis elegías y un himno", el poeta descubre el rostro de la muerte, y es en "Popayán de piedra pensativa", donde queda para siempre Maruja Simonds, "en su vida sin tiempo como el sueño". Pero él es ante todo el poeta del "amoroso amor", que en "Azul de Ti" y a "La sombra de las muchachas", escribe la delirante biografía de su alma apasionada. Viajero absorto por las tierras de Chile y por las maternas comarcas peninsulares, quizás desde la hora de Rubén, ningún poeta americano haya sido escuchado con el mismo cálido silencio, ceñido por el mejor prestigio y una amistad sin fronteras. Porque Eduardo no es "el olvidado" de sus nuevas canciones, sino un evangelista desbordado del continente americano:

*"Me estoy hundiendo en el olvido,
en su arena devoradora.
Como a veces en Suramérica
las pobres bestias espantadas
en el barro azul que perfuman
flores súbitas y monstruosas
se hunden, despacio".*

* * *

"Soledades", un título que recuerda, sin ocultarlo, a Góngora, resume las auténticas virtudes de la obra de Jorge Rojas, cuya "Ciudad Sumergida" está edificada sobre la mejor proporción de la geografía lírica americana. Este admirable canto, escrito en honor de Tunja, con motivo del centenario de la austera villa colombiana, señaló la aparición del "pie-draciélismo" y fue el primero de los cuadernos que se publicaron bajo su enseña.

Jorge Rojas ocupa un lugar cenital en la poesía colombiana escrita en esta centuria. Quizás nadie como él asimiló, en nuestra etapa contemporánea, el mensaje de los grandes líricos españoles del pasado. Pero en Rojas el oro viejo resplandece con nuevo sol. La línea suya es la medida que dibuja la imagen sin excesos de luz. Con su cayado de música gobierna su rebaño de llamas gongorinas. Los sonetos que integran "Rosa de Agua" son de lo más hermoso que se ha escrito entre nosotros, tanto por el feliz equilibrio de la inspiración sometida al rigor de la oculta belleza, como por la sabia utilización de tan difícil forma métrica, que en los "Momentos de la doncella" alcanza su mejor expresión plástica, a través de

*... "esa sombra de ala aprisionada
que de sus muslos claros, volaría
si fuera la doncella despertada".*

* * *

La poesía de Aurelio Arturo es a modo de una rumorosa comarca de árboles susurrantes y ríos detenidos, en el sur de la patria. El viento de la música interior agita como hojas las sencillas palabras, en lentos giros, en raudas espirales verdes, o en una lluvia armoniosa que desciende sobre la ilímite superficie del canto. Una honda ternura, circuida de nostalgia, fluye por el cuerpo de las estrofas, se difunde por ellas, vivificándolas con savia elemental. En el dorado ámbito de sus canciones amanece siempre. El corazón del poeta oscila entre las cosas mínimas y la recóndita claridad de las estrellas. Hay un momento cuando esos extremos del universo encuentran su vértice expresivo, su acento natural en la voz estremecida por la ráfaga de lo inefable. Nace entonces el verso de Aurelio Arturo, en la integridad de su pureza original, en la cabal plenitud de su inconfundible hermosura.

Los hombres que habitan el mundo claro de los sueños de Aurelio Arturo son recios varones acostumbrados a domeñar, como a potros, las corrientes turbias de los grandes ríos; a conquistar la selva de troncos seculares, con el golpe heroico del hacha, y a dialogar en un idioma fluvial de maravillas, como Saulo en la rapsodia iluminada:

*"Trabajar era bueno en el Sur, cortar los árboles,
hacer canoas de los troncos.
Ir por los ríos del Sur, decir canciones
era bueno. Trabajar entre ricas maderas.*

Hombres de largos éxodos, de viajes inconclusos, en cuyas plantas la geografía dejó el estigma de las rutas. Morenas esculturas de arcilla y soledad, ojos infinitos, labios clamantes en donde se "agolpan dulces y blancas voces". Pero la faz de la mujer también se asoma detrás de un

marco de hondas lejanías, casi al final de todas las jornadas, como un puerto de gracia, ciudad de la caricia o humana tierra para los deseos: "Por mi canción conocerás mi valle, —su hondura en mi sollozo has de medirla". Mujeres intuídas, de blancos cuerpos melodiosos, vivos jardines del "país de Or". Aurelio Arturo las nombra, con suave habla de asordnados tonos, con serenas imágenes que son como su propia vida, edificadas a espaldas de la vocinglería cotidiana. Vida hacia adentro, hacia las fuentes de la verdad desnuda, íntima, sin pretender violentar los pregones de la fama, ni acuciar a los falsos heraldos de la popularidad atenta solamente a la culminación de una vocación de sosegado ejercicio artístico. Voto claustral de empecinado aislamiento: "no brillar, no fingir, oscuro trabajar", el verso de Porfirio, podría ser la secreta consigna de Aurelio Arturo, uno de los principales poetas de nuestros días.

* * *

Tomás Vargas Osorio, murió en el alba de la plenitud creadora. En casi todos sus poemas se ascendera el lacerante presentimiento de la propia destrucción. A pesar de la prematura desaparición, su obra es un testimonio vivo de una ingente capacidad creadora, que nos legó en prosa ensayos memorables, y en la poesía esculpió lo mejor de su alma. De "Regreso de la muerte", Vargas Osorio dijo verdades esenciales. Pero ahora yace para siempre, "como una espada rota sobre la yerba", el poeta sin mengua, que ayer no más soñaba hermosamente:

*"Una patria de hierro,
pero que tenga la suavidad de la lana;
una patria de hierro,
pero que no entristezca los ojos de los niños;
una patria de hierro,
pero que tenga la dulzura de una naranja al medio día.
Una patria, en fin, donde se sienta el orgullo y la alegría
de ser hombre y de vivir!"*

* * *

La poesía de Carlos Martín, alto fanal en la promoción de "Piedra y Cielo", está llena de cálidas sorpresas, como un hermoso viaje. En su reino vital las imágenes buscan el límite del caos y el misterio. Su aparente oscuridad está hecha de fuegos interiores, como las criptas de la sangre, al final de un laberinto de palabras. Hermetismo formal, en la secreta estrofa que recata el milagro lírico, así como el agua defiende con sus olas el mágico universo submarino.

Un comentarista de Carlos Martín, ha escrito esta sagaz aproximación: "Descendiendo por una profunda escala de penumbra, con asaltos de mármol, sorpresas de sauces y pensativas coronas, Carlos Martín nos conduce de la mano a través del mundo helado de la muerte, del país agobiado de mudas golondrinas y espejos sonámbulos. Con él sentimos el rapto de sangre que nos arranca desde la glorieta de la sonrisa para elevarnos hasta el arco voltaico del grito. La muerte amotinada de raíces, de caracoles mal-ditos, de verdes metáforas de agua en el abrazo de los golfos".

Más próximo a Chile que a España, a través de la vecindad lírica de Neruda, por cuyo río telúrico viaja sin descender a las orillas de la imitación, Arturo Camacho Ramírez sintetiza en título de su libro inicial, "Espejo de Naufragio" la línea fuerte de su destino poético, que se hunde con esbelta fortuna en el territorio borrascoso de Carlos Baudelaire a cuya sombra erige su oda de satánica hermosura, en la cual resplandece para siempre la faz de Juana Duval:

*"Juana, escultura del demonio,
arquitectura de blasfemia,
fruta del trópico arrojada
hasta los légamos del Sena
por un ciento, por un designio,
por una fatal esperanza,
luna podrida en el infierno,
estremecida de batallas:
Oh, subterránea, en tí se encierran,
lentas de tiempo desgarrado,
las amapolas funerales
de encendido y trémulo ramo".*

* * *

Finalmente Darío Samper, escritor y político, poeta auténtico del trópico americano, en sus libros constelados de imágenes, y el payanés Gerardo Valencia, con modalidades diferentes, aportaron su generosa contribución al movimiento piedracielista. Valencia, autor del "Ángel Desalado" y de varias obras teatrales, construye su poesía con limpios materiales expresivos, y el dominio absoluto de las fuerzas primarias de la emoción, que en sus versos cumple la tarea vivificadora de la lumbre solar en la vida y muerte de los vegetales. La suya no es la trompeta angélica que predice cataclismos, sino el arpa enlunada que preside los sueños, en el remanso de una temprana serenidad, sin que a ella se ponga la intensidad de los temas, aún en el tiempo en llamas de una hermosa "Pasión", que desemboca en la ansiedad metafísica:

*"Amo tu piel de palidez dorada.
Tus senos abren para mí su rosa.
Tu caricia inexperta
rueda como la luz de la alborada
sobre mi carne alerta.*

*Tus ojos saben recibir mis ojos.
Tu boca sabe recibir mi boca.
Y sin embargo quiero algo más:
ese algo
que nunca dan los besos de la carne".*